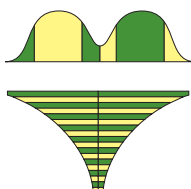


Las estadísticas son como los biquinis (respuesta a «Migrañas, biquinis, azafatas y modas»)

Verónica Saladrigas* y Luis Pestana**

There are lies, damn lies and statistics.
Mark Twain



En una extensa carta enviada a Panace@, Fernando Navarro¹ intenta rebatir nuestra conclusión de que «parece inverosímil que la palabra ‘migraña’ se haya puesto de moda en los últimos veinte años sin más razón que el mime-

tismo con el *migraine* anglofrancés o sea un vocablo ‘reciente’, como sostiene el profesor García-Albea² (y, ahora, también Navarro).

La cuestión de la gran solera de la voz «jaqueca»³ nos parece definitivamente zanjada por la referencia de uso más antigua de que se tiene registro: «la dolor que se faze en la media cabeça aque llaman en arauigo xaqueca & en latin **migranea**».⁴ La misma que citan, de forma incompleta, García-Albea³ y Navarro⁵ para justificar la precedencia histórica de «jaqueca» sobre «migraña».

Vemos así que una voz es tan antigua como la otra, pero Navarro insiste en que por más arcaica que sea la voz «migraña», dejó de utilizarse entre los siglos XVI y XX y solo por influencia del inglés se ha puesto de moda en los últimos veinte o treinta años. Y para demostrar que es así, procede a analizar unos datos cuantitativos con el auxilio de unas hermosas azafatas en biquini.¹

Pero no olvidemos la semejanza que hay entre las estadísticas y los biquinis: si importante es lo que muestran, lo fundamental es lo que ocultan. Y las distribuciones de frecuencias que nos presenta Navarro ocultan dos sesgos que a nuestro entender invalidan su argumentación.

El primero radica en la ausencia de distinción de contextos de uso. Así, nos encontramos con «jaquecas» bilaterales («Su cabeza se trastornaba y aguda jaqueca le atarazaba las sienes»),⁶ «jaquecas» que no son cefaleas sino simples fastidios («Y, la verdad, no me gusta hacer feos a nadie, y tampoco quiero que me estén dando la jaqueca»)⁷ o «jaquecas» que flotan sobre la melancolía de la campiña («Flota sobre el esplín de la campaña una jaqueca sudorosa y fría, y las ranas celebran en la umbría una función de ventriloquia extraña»),⁸ cuando el elemento distintivo de la auténtica «jaqueca» (o «migraña») ha sido siempre, desde el siglo XIII hasta nuestros días, la unilateralidad del dolor.^{3,4} A nuestro entender, para eliminar sesgos y enfocar correctamente esta discusión deberíamos ceñirnos por lo menos al mismo contexto de uso, en concreto, el lenguaje médico.

El segundo sesgo consiste en contar el número de casos registrados y no el número de autores que utilizan estas voces. Así, por ejemplo, de 79 casos en que aparece la palabra «jaqueca» en documentos médicos procedentes de España,⁹ 61 corresponden al *Manual de diagnóstico etiológico*, de don Gregorio Marañón. Este modo de proceder es como si un juez llamara a declarar varias veces al mismo testigo y luego dijera que tiene varios testigos.

En cambio, si la investigación del uso de estas voces se centra en el número de autores que las utilizan y se limita exclusivamente a los textos vinculados con la medicina, los resultados son muy diferentes de los obtenidos por Navarro (véase la tabla, en la que nos limitamos a los siglos XIX y XX), y no creemos en modo alguno que sean reveladores de un uso «reciente» de la voz migraña.

Número de autores de textos médicos de los siglos XIX y XX registrados en el CORDE y el CREA que utilizan los términos «migraña» y «jaqueca» (entre paréntesis, las cifras que indica Navarro¹).

	Jaqueca	Migraña 1800-1899
(CORDE) ^a	1 (90) De la Paz Rodríguez JM.	0 (1)
1900-2003 (CORDE)^a	3 (194) López Ibor JJ. Díaz Rubio M. Marañón G.	2 (12) López Ibor JJ. Díaz Rubio M.
1978-2003 (CREA)^b	4 (135) Pérez López FR. De la Vega H. Muñoz Calvo S. Barrera Moncada G et al.	4 (153) Pérez López FR. Castilla del Pino C. Abad Alegría F. Varios autores.

^a Búsqueda en todos los medios, en el CORDE, en Medicina, higiene pública y nutrición realizadas el 13.11.2003

^b Búsqueda en Libros y Revistas, en el CREA, en Medicina, Sanidad pública, Farmacología, Biomedicina y Psiquiatría realizada el 13.11.2003.

Notas

1. Navarro FA. Migrañas, biquinis, azafatas y modas. Panace@ 2003; 4(12): 148-187.
2. Saladrigas MV, Pestana L. Migrañas que dan jaqueca. Panace@ 2003;4 (11): 92-93; <<http://tremedica.org/pananca.htm>>.
3. García-Albea Ristol E. Cefalea y jaqueca. Información Terapéutica del Sistema Nacional de Salud 1999; 23(5):132-139; <<http://www.msc.es/farmacia/infmedic/documentos/cefalea.pdf>> [consulta: 1.11.2003].

* Novartis Pharma AG, Basilea (Suiza).

** OMS, Ginebra (Suiza). Dirección para correspondencia: pestanal@WHO.INT.

4. Anónimo. Lapidario. Escorial H.I.15, 1250. Edición de Kasten LA, Nitti JJ. Madison (WI): Hispanic Seminary of Medieval Studies; 1995
5. Navarro F. MedTrad [grupo electrónico de discusión]. Migraña y jaqueca, mensaje 25892 [miércoles, 12.02.2003]; <[http:// mx.groups.yahoo.com/group/medtrad/](http://mx.groups.yahoo.com/group/medtrad/)>.
6. Pardo Bazán, E. La Tribuna (1883). Edición de Benito Varela Jácome. Madrid: Cátedra; 1995.
7. Unamuno M. Niebla (1914). Edición de Armando F. Zubizarreta. Madrid: Castalia; 1995.
8. Herrera y Reissig, J. Los maitines de la noche (1902). Buenos Aires: Losada; 1942.
9. Búsqueda en todos los medios, en CORDE, en España, en Medicina, higiene pública y nutrición.

De homologías y embarazos

Cómo se perpetúa un error conceptual en la literatura científica

Diego González-Halphen

Universidad Nacional Autónoma de México

Uno de los términos más maltratados en la literatura científica biológica es la palabra «homología», cuya utilización errónea está ampliamente extendida. Con frecuencia encontramos frases que contienen los términos «porcentaje de homología» o «altamente homólogo», o bien «baja homología», que parecen otorgar a la palabra «homología» un valor cuantitativo, al que puede asignarse un valor numérico. El término «homología» tiene un significado científico muy claro: define un origen evolutivo común para las estructuras biológicas. No es un término cuantitativo, es un término cualitativo que denota «todo o nada». Un ejemplo clásico de la utilización del término se da en la comparación de las alas de los murciélagos, las aletas de los manatíes y las patas de un topo.¹ Evidentemente, estas estructuras tienen funciones muy diferentes: alas para volar, aletas para nadar y patas para escarbar; sin embargo, todas comparten características que delatan un origen común para los tres mamíferos: las tres tienen huesos largos equivalentes a brazos, los huesos equivalentes a las muñecas son pequeños y todas tienen cinco dígitos. Por lo tanto, se trata de estructuras homólogas, ya que tienen un origen evolutivo común. Los tres mamíferos del ejemplo comparten el mismo ancestro en su historia evolutiva, por lo que las estructuras óseas correspondientes (independientemente de que lleven a cabo o no una función similar) tienen el mismo origen. En contraste, el término «analogía» se usa para describir estructuras que llevan a cabo funciones semejantes pero cuyo origen evolutivo es completamente distinto: tal es el caso de las alas de los pájaros, las alas de los murciélagos y las alas de los mosquitos. Todas son indispensables para el vuelo, pero los organismos que las tienen no comparten un ancestro común. Los orígenes de estas estructuras tienen historias evolutivas completamente distintas.

Una de las raíces de la confusión en torno al término «homología» proviene de su uso diario. Se suele hacer referencia en los periódicos a que el presidente de tal república se entrevistó con «su homólogo» de tal otro país. De ahí que se utilice la palabra «homología» como un término de equivalencia; sin embargo, la homología denota algo absoluto: dos estructuras son homólogas o no lo son. Una mujer está embarazada o no lo está. Hablar de un 86% de homología o de un 86% de embarazo resulta un absurdo. La confusión en la utilización del término se ha extendido y ha permeado la literatura científica, en especial con el auge de la comparación de secuencias de nucleótidos y aminoácidos en las bases de datos. Los términos correctos en la comparación de secuencias son «similitud» e «identidad». El «porcentaje de identidad» indica la proporción de bases o de aminoácidos idénticos que comparten dos secuencias que se comparan, mientras que el «porcentaje de similitud» (casi siempre un valor más alto) indica la proporción de residuos de aminoácidos semejantes (dando equivalencia a los residuos de aminoácidos como arginina y lisina, o bien ácido aspártico y ácido glutámico). Son los valores de identidad y similitud los que nos permitirán evaluar si dos proteínas son homólogas o no lo son. Aquellas secuencias que comparten una similitud estructural alta probablemente tengan un origen evolutivo común, y podemos afirmar que son estructuras homólogas. En general, valores superiores al 30% de similitud o de identidad indicarán estructuras homólogas. Es importante seguir manteniendo la acepción biológica original de la palabra «homología» y utilizarla adecuadamente tanto para estructuras morfológicas macroscópicas (véase el ejemplo de los huesos) como para estructuras microscópicas (como pueden ser las proteínas y el ADN). En 1987, un grupo grande de expertos se reunió para escribir una carta a la prestigiosa revista *Cell* indicando el uso erróneo de la palabra «homología».² Al parecer tuvo un efecto limitado, porque el error sigue presente entre quienes escriben artículos y los revisores de las revistas que los aprueban. En lo posible, es importante tratar de no perpetuar el uso incorrecto del término. Por lo pronto, contribuyamos a que nuestros estudiantes utilicen correctamente el término tanto en sus manuscritos de tesis como en la exposición oral de sus trabajos de investigación.

Agradecimientos: a los doctores Gonzalo Claros (Universidad de Málaga [España]) y Antonio Peña (Universidad Autónoma de México) por sus comentarios y correcciones al texto.

¹ Zimmer C. Evolution: the triumph of an idea. Nueva York: Harper Collins; 2001.

² Reeck GR, De Haen C, Teller DC, Doolittle RF, Fitch WM, Dickerson RE, Chambon P, McLachlan AD, Margoliash E, Jukes TH y cols. "Homology" in proteins and nucleic acids: a terminology muddle and a way out of it. *Cell* 1987; 50: 667.